

**Palabras de Benito Rey Romay,  
Investigador Titular del Instituto  
de Investigaciones Económicas de  
la UNAM y Miembro de Número  
de la Academia Mexicana de  
Economía Política**

Soy de los afortunados que tienen relación con el licenciado Gustavo Martínez Cabañas desde hace mucho tiempo.

Lo conocí, al igual que a su esposa y gran colaboradora Anita Meckler, hace 40 años. Esto fue en una de las muy frecuentes reuniones que un grupo de ex-alumnos del doctor Jesús Silva Herzog teníamos en la casa de tan ilustrísimo e inolvidable maestro.

Muy pronto consideré a Gustavo Martínez Cabañas como persona de características muy singulares dentro del grupo a que me he referido. En primer lugar, y nadie lo dudaba, era el discípulo predilecto de nuestro maestro; distinción difícil de alcanzar en la valoración y en el afecto de quien acostumbraba repetir que había tenido innumerables alumnos pero pocos discípulos. Adicionalmente, se destacaba que Martínez Cabañas poseía el don del buen humor, pero de ese que se prodiga sin esfuerzo, en forma natural, comedida, culta e inteligente –sin la cha-

bacanería que es tan frecuente como aburrida— que hacía de la conversación con él no sólo un discutir beneficioso para el conocimiento y la reflexión, sino deleitoso.

Con el tiempo fui conociendo muchas cosas de su vida que fueron aumentando mi aprecio y afecto: de su activa y provechosa vida estudiantil; de su brillante desarrollo profesional en el país y en el extranjero; de su gran y evidente capacidad para hacer y conservar amigos; de su amor a nuestro país, y de muchas más de sus prendas personales. Llegué incluso a descubrir su vena romántica, que muchos esconden, que en él asoma en el nombre evocador de Amalfi, que dio a su hija.

Más cercanamente a él, tuve conocimiento también de sus actividades como economista al servicio del Estado; de esa condición que se convierte en pasión y tormento para los hombres que, como él, son sensibles a las situaciones precarias o inhumanas de otros hombres. Por boca de otros que estuvieron junto a él, conocí de sus afanes y de su ejercicio de la honradez en la Comisión de Aforos, que operó durante la guerra mundial regulando nuestro comercio exterior; de su participación en el arduo y patriótico trabajo de aquella memorable Comisión Dictaminadora, creada por el presidente Cárdenas, para sustentar, con su dictamen, la razón de las peticiones de los obreros del petróleo, que condujeron a la expropiación de las compañías extranjeras.

Siendo ya amigos, tuve la oportunidad de observarlo actuar como economista independiente. Su bufete, o despacho, se distinguía, entre los de economistas consul-

---

tores que existían, por su gran estatura científica y técnica. Pero, además, por las vocaciones medulares de su empresa que eran las de emprender investigaciones y estudios de gran envergadura y trascendencia económica y social, así como la de asesorar a los que toman las decisiones públicas para que lo hicieran mejor: con mayor conciencia, eficiencia y oportunidad y con más amplios y positivos resultados sociales.

Trabajando así, con esa vocación de contribuir a resolver grandes problemas nacionales y con ese alto sentido de responsabilidad, hizo mucho bien al país y contribuyó al prestigio de la profesión en cuanto a su ejercicio libre.

Pero no sólo eso, también ha estado, y está ahora mismo, procurando el bien para municipios, regiones y estados. Todo el trabajo que ha desempeñado en estas magnitudes territoriales, ha necesitado de esfuerzos físicos de investigador de campo e intelectuales de reflexión que, de sólo pensarlos y ponderarlos, fatigan.

Sin embargo, yo estoy seguro, y por ello lo puedo afirmar, que tales grandes esfuerzos han sido para él y para sus colaboradores, continua emoción de descubridores de fenómenos no visibles y de causas ocultas, así como felicidad permanente de promotores de mejores formas de gobierno y de correctores de problemas. Podría probar este parecer mío transmitiéndoles numerosos sucesos y satisfacciones suyas que me ha contado; pero mi tiempo en este foro no alcanza para tanto y sería mucho más rico para ustedes que el relato lo hiciera él mismo.

Pero aparte de esas envidiables satisfacciones profesionales íntimas de Gustavo, cabe, en esta ocasión de homenaje, preguntarnos también cuánto le debemos, como mexicanos, a Martínez Cabañas. Siendo breves podríamos responder, simplemente, que mucho. Pero pasando a precisiones habría que decir que le agradecemos su continua y terca labor, de frutos tangibles, en pro del desarrollo regional y, muy enfáticamente, la desplegada en favor del Municipio para su mejoría administrativa y desarrollo como unidad política, económica y democratizadora.

Y no sólo debemos destacar en nuestro agradecimiento el que haya mantenido por décadas esa vocación municipalista y la eficacia con que la ha atendido, sino también su afán de contagiar de su pasión a otros estudiosos, investigadores y actores públicos. Para esta labor proselitista, cuentan mucho sus publicaciones tanto periódicas como en forma de libro, sobre la administración municipal, así como su actuación como director del CEDAEM y sus ponencias y discursos en el extranjero en representación del INAP.

Por todo lo que he dicho aquí y por lo adicional que ustedes conocen de Gustavo Martínez Cabañas, merece este homenaje que le hacemos y muchos más. Por mi parte, terminaré mi disertación como la empecé: me siento afortunado de contarme entre sus amigos desde hace muchos años.

Pero quiero aplaudir a los organizadores de esta reunión por haberla convocado y agradecerles el honor de su invitación a participar en ella. Muchas Gracias. ¡Felicidades Gustavo!